

Lolita, el nombre del escándalo

por Pablo Ingberg

¿Vuelve a escena *Lolita*, la “nínfula” de Vladimir Nabokov que diera nombre a cierto tipo de niña-mujer? Pierre Menard, cuenta Borges, volvió a escribir en otro tiempo y lugar el *Quijote* con las mismas palabras, pero su sentido había cambiado. ¿Qué sucedería en caso de que un émulo suyo hiciera lo mismo con aquella novela de Nabokov? Sí, parafraseando a Oscar Wilde, la realidad imita al arte, la nueva versión cinematográfica de *Lolita* puede ayudarnos a responder esa pregunta. El director es Adrian Lyne, quien contó con cuatro guionistas (Harold Pinter entre ellos), U\$S 60 millones de presupuesto, la actuación protagónica de Jeremy Irons y la bendición de Dmitri Nabokov (hijo de Vladimir). Ante un prontuario fílmico como el de Lyne (*Nueve semanas y media*, *Atracción fatal*, *Propuesta indecente*), uno no puede menos que desconfiar, y más tratándose de una novela con logros particularmente verbales. El estreno se anunciaba para fines del '96, pero las leyes cambiaron por el camino para que la historia se parezca a sí misma.

Con *Lolita* (1955) Nabokov obtuvo el mismo dudoso privilegio que su admirado Joyce con el *Ulises* (1922): la primera edición inglesa de ambas novelas fue en realidad francesa, es decir, publicada en Francia por no hallar editor en Estados Unidos ni Gran Bretaña. Ambos rechazos obedecieron a motivos no precisamente estéticos. Al parecer por presiones británicas, la prohibición de *Lolita* se extendió luego a Francia. Una versión castellana de Enrique Pezzoni, firmada con seudónimo a causa de tan conflictivos antecedentes y publicada por Sur, también padeció la censura. Pues bien, lo que en 1922 ó 1955 podía ser caratulado de “obsceno” o “pornográfico”, hoy podría parecer una fábula para adolescentes. El libro de Nabokov presenta, sin embargo, otra faceta que ahora está sobre el tapete: la pedofilia, y para más lindante con el incesto (“parodia de incesto”, lo llama Humbert-Nabokov).

Quien acuda a la novela *Lolita* en busca de una maratón sexual con una niña se verá defraudado. Hallará sí una historia de amor, particular es cierto, trágica en el más clásico sentido (exceso, lucha contra el destino, fatalidad, cumplimiento irrevocable del destino adverso); hallará, si se quiere, la historia de una obsesión disfrazada de caso clínico, de alegato ante la justicia (poética), de memorias desde la cárcel (mental); hallará, en fin, una inteligencia sutilísima y una obra de arte singular. Nabokov describió al “autor protagonista” como un granuja que se las arregla para dárselas de “tocado”. Su nombre, Humbert Humbert, evoca el de un personaje de otro célebre “pedófilo” literario, Lewis Carroll, en *A través del espejo* (Nabokov tradujo al ruso *Alicia en el País de las Maravillas*): se trata de Humpty Dumpty, quien dice a Alicia que las palabras que él usa significan lo que él decide que signifiquen -toda una obsesión de escritor.

Las escasas escenas de “sexo explícito”, por así llamarlas, jamás faltan a la regla enunciada por el “prologuista”: “no se encontrará en todo el libro un solo término obsceno”. La consumación inicial concluye con estas palabras: “no me interesa el llamado ‘sexo’. Cualquiera puede imaginar esos elementos de animalidad.” En ese sentido, más recatada aún era la versión fílmica de Kubrick (1962), en cuyo guión Nabokov colaboró. Allí, James Mason compuso a un magistral Humbert, Peter Sellers a Clare Quilty y Sue Lyon a la “nínfula”. Lyon tenía por entonces quince años, y estaba ya un tanto desarrollada por demás de lo que el personaje requería. La queja de Nabokov al respecto fue similar a la que, tres décadas más tarde, haría pública Marguerite Duras a raíz del film basado en su novela *El amante*. Claro, los seres humanos reales que entran en juego en la filmación plantean

otro tipo de problemas. Difícilmente se hablaría hoy de pornografía u obscenidad en la novela de Nabokov, y mucho menos en la película de Kubrick. Pero la pedofilia... (Y el nuevo director...)

Lolita tiene doce años y medio cuando Humbert la conoce, y un par de meses más cuando la otra parte de la historia comienza. Por entonces, ella no es impúber ni virgen, y toma además la iniciativa; pero Humbert sabe que no hay atenuantes: cuando al final la reencuentra casada y embarazada, reconoce para sí (para el lector) que le ha destruido la vida. En cierto modo, esta novela es consumación literaria de una fantasía no poco difundida. Según el “prologuista”, al menos 12 % de los estadounidenses adultos pasa anualmente por experiencias semejantes. Más allá de estadísticas, el libro es un hecho literario cuyas imágenes se forman en la imaginación. El cine, en cambio, es etimológicamente obsceno: pone en escena, ante los ojos del espectador. Desde el punto de vista jurídico, presenta un inconveniente adicional: actúan seres de carne y hueso. Dominique Swain, la nueva Lolita, tenía al momento de filmar catorce años.

Como sucedió en Europa a partir de ciertos hechos descubiertos en Bélgica recientemente, la opinión pública estadounidense está altamente sensibilizada con lo que pueda sonar a pedofilia. En el pasado mes de octubre, mientras el film estaba en proceso de edición, se sancionó una ley de prevención de la pornografía infantil, que prohíbe todo aquello que incluso *parezca* sexo con un menor. Y si no sólo lo parece... Para evitar lo que sucedió aquí, por mucho menos que eso, con un film de Jorge Polaco pocos años atrás, Lyne se valió de una doble para las escenas conflictivas. De cualquier modo, le han sugerido algunos cortes.

Al publicarse en Estados Unidos en 1960, *Lolita* encabezó largamente la lista de *best sellers*. Gracias a eso Nabokov, que tenía ya sesenta años y más de una docena de libros en su haber (los ocho primeros en ruso), pudo al fin abandonar la docencia universitaria. El escándalo, según vemos a diario, arroja mayores dividendos que el buen arte, aunque en casos excepcionales como éste ambas cosas coincidan. Veremos qué ocurre con la película de Lyne. Por lo pronto, el escándalo parece estar asegurado.